

Así como mayo es el mes de las madres debido a una iniciativa del diario Excélsior, quien propuso formalmente una fecha para festejarlas, junio es el mes del padre. Ambas fechas tienen que ver más con lo comercial que con el amor filial, pero hemos hecho del 10 de mayo y del 17 de junio días para externar a través de regalos nuestro afecto.

De nueva cuenta el poeta Dionicio Morales se ha dado a la tarea de recopilar los poemas que grandes escritores han dedicado a la figura paterna, más conflictiva, por regla general, que la madre. Sólo habría que recordar la dura carta que Kafka le escribió a su padre. Para quienes hemos hecho El Búho primero como suplemento cultural de Excélsior y luego como revista, ha sido grato ver como nuestro amigo poeta ha ido enriqueciendo sus grandes antologías, la de la madre y la del padre. Ahora, de la segunda, hacemos una breve selección para mostrarle a nuestros lectores el trabajo de los poetas mexicanos, quienes hacen visible el amor o los desencuentros con sus progenitores.

El Búho

Para la Memoria Histórica

(Archivo coleccionable)

DIONICIO MORALES

¡Buenas noches, papá! (Antología poética)

A mi padre

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Nunca, señor, pensé que el verso mío
cuando te hablara en él por vez primera
la música filial de los veinte años,
del huérfano infelice la voz fuera.

Nada valió la familiar plegaria;
moriste en plena vida, y ¡qué contraste
tocóles a los tuyos, muerto amado,

en la noche fatal que agonizaste!
Noche con paz de luna; también fuiste
noche más que ninguna tormentosa;
tus horas de martirio florecieron
en mi jardín, como sangrienta rosa.
Todo lo evoco, Padre: tus quejidos;
tus palabras postreras; la voz triste
con que te habló tu hermano sacerdote;
la mañana de otoño en que moriste;
los cirios -compañeros de velada-;
la madre y los hermanos, todos juntos;
el ataúd que sale de la casa;

el sollozante oficio de difuntos;
 y ¡oh infinita bondad la de los padres!
 los ojos muertos de tu faz piadosa
 que me vieron por último con lástima
 en las orillas de la negra fosa.
 Supe después lo enormemente triste
 que es la tristeza del hogar vacío
 y lloré con la marcha de la madre
 para tierras del norte. Mas confío
 que te he de ver, oh Padre, para siempre
 con mis pupilas de resucitado.

Aquel buen ángel que guardó el sepulcro
 de Jesucristo, y que miró extasiado
 la tierra redimida, y a las santas
 mujeres que buscaban al Amado,
 las consoló, verá concluir su oficio
 cuando el último Adán encuentre abiertos
 los eternos lugares de victoria
 y no haya quien pregunte por sus muertos.

9 Febrero de 1913

ALFONSO REYES

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
 desde qué pliegue de la luz nos miras?
 ¿Adónde estás, varón de siete llagas,
 sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
 humean los cadáveres en pila.
 Los estribos y riendas olvidabas
 y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
 huésped mi soledad, gusto mi llanto.
 Y si seguí viviendo desde entonces
 es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
 y me hago adelantar como a empujones,
 en el afán de poseerte tanto.

Elegía paterna

MANUEL MAPLES ARCE

Por los tránsitos mortales de la sangre, llego,
 padre de tierra.
 El capricho de un trino
 colma el claro sosiego.

¿En dónde están las sombras familiares?
 ¿Dónde las voces seculares
 que el dolor soterra?
 Un soplo repentino

la flor de vuestro esfuerzo aterra
 y las horas no lucen ya su brillo divino.

La luz baste sus alas en las logias de estío
 y a los esquivos senos se retira.

La tierra, el aire, el mar bravío
insinúan una virtud gentil.
Es una vid la sangre en que se mira
mi sueño florecido. Un deseo vago suspira
por las cimas de abril.

Gira el tiempo en su pura geometría
y en el ayer perfecto nos reposa:
El mar trémulamente
como un romance antiguo entre el pinar se oía.
Siento aún la mordente maravilla
y yo apoyado en la viril mejilla
buscando por la sombra ardiente
el carro de la Osa.

Los años más hermosos pasan en vana espera
desdeñando en soledad señora
los vientos del fervor;
en el pecho socava su nostalgia la onda
mientras el mar marmóreo corre entre la fronda
con el mismo furor.

De dudas y deseos entretejida
contemplé en los desnudos
ramajes del invierno
la claridad de vuestra vida
declinar.

¿Por qué impetuosos cauces de misterio eterno
serpea la sangre y rompe sus terribles nudos?
Me esclaviza la fuerza de ese oscuro anhelar.

Se extingue lentamente
la memoria de un día antiguo y fuerte
que borra al duro afán mortales huellas.
En su rostro se ha helado la verdad y la muerte;
ninguna nube cruza por su pálida frente,
la voz yerta y silente
la semblanza alta de estrellas.

¡Oh signos argentados! ¡Oh mágicos tributos!
un tarde rayo alumbra la artera
gracia que os evoca, espíritu que elevas
los gloriosos frutos
sobre el poder tranquilo de las glebas.
Como en áspera cumbre
la altiva primavera
brota y esplende
de su triste veste
una fúnebre llama mi dolor enciende.

¡Oh frágiles criaturas! ¡Oh padres de ceniza!
Un abrazo glacial en polvo os eterniza
y ante el sueño desierto que duerme la creación
la viva soledad vuestra ausencia siento
mientras un viento
incierto
como de mar y huerto
turba mi expectación.

Mis oscuros ausentes,
dormid en vuestra orilla,
al pie de los baluartes que escande el oleaje.
El incólume azul del mediodía

en mí clava sus garras relucientes
 y arde el suplicio estéril de la arcilla.

Sobre reliquias rotas
 que devastó el ultraje
 del tiempo, cedro y palma
 cernidos de gaviotas
 -epigrafía
 blanca y fugaz-
 el silencio perlúcido se astilla
 y con su grito
 entra en el alma
 el infinito
 de la marina paz.

Nocturno difunto

ELÍAS NANDINO

a la memoria de mi padre

Desde que despojado de tu cuerpo
 te escondiste en el aire,
 yo siento mi existencia más honda en el misterio,
 como si mis manos, alargadas por las tuyas
 inmensas en el cielo,
 en levantado avance
 ya tocaron la astronomía sin...
 Estoy como los ríos
 que a pesar de correr sumisos a su cauce,

por su mortal marino abocamiento
 también están ligados
 a las aguas del mar donde se acendran.
 Por la ventana que al morir dejaste
 abierta en la penumbra,
 he podido mirar
 mi aventajada muerte
 persiguiendo tus huellas espaciales,
 y tengo la certeza de que me estoy rodando
 indeteniblemente
 en el hambre del vaso universal,
 igual que el humo libre que la atmósfera atrae
 y no puede, aunque, quiera, regresarme a su lumbre.

Estoy seguro de que a cada día
 mi sangre que te busca, se evapora
 ganando altura transformada en nubes,
 y que parte de mí
 ya vuela en el espacio, emparentada.
 Desde tu muerte, siento que te guardo
 como un lucero íntimo
 que medita en la noche de mi entraña,
 disuelto como el azúcar en el orbe líquido
 y que, muchas veces, te denuncias asomando
 tu espiritual dulzor en mi saliva amarga.

Desde que tu voz, por el silencio amortajada,
 dejó de hablar para encender palomas
 sobre el árbol del viento, en el que cantan
 con insepultos ecos

la profunda mudez
del idioma flotante de tu ausencia,
yo palpo -al escuchar-
el molde vivo que en el aire horada
tu falta de materia, que es ternura
siempre en acecho que acaricia y roba.

Yo creo que tu cósmico deleite
es atraerme a tu pasión de vuelo,
a tu girar errante,
porque ya tu misión es recoger
esta fracción de ti que aún perdura
en el fluvial ramaje de mis venas.

No puedo definir dónde te encuentras,
pero sí te adivino circundante
en un arribo de alentada fuga,
que exacerba mis ansias en un filial apego,
al resplandor sin luz de tus imanes.

¡Qué plenitud vacía
te dibuja en el fondo de mis ojos
que no te ven, pero que sí permiten
que hasta la fuente de mis sueños bajas
y quedes a su impulso vinculado!
¡Cuánto tiempo de estar solo y contigo
habitándome a solas,
como la llama al fósforo en letargo,
o a la uva, el espíritu del vino!

Yo soy una ambulante sepultura
en que reposa tu fugitiva permanencia
que me va madurando, lentamente,
hasta que mi energía entumecida
se adiestre en vuelo que recobre estrella.
Inmerso en mi conciencia desarrollas
un pensante silencio que se atreve
a conversar sin mí. Yo lo descubro
reviviendo recuerdos en mi oído:
es como el nacimiento de sollozos
que se produce cuando el agua cae
sobre la carne viva de las brasas.

Al derribarse tu estatura en polvo
formaste la marea
del vislumbre mortal que me obsesiona,
y no hay sitio, temor, espera o duda,
en donde tú, como trasfondo en alba,
no finques la silueta de un amparo.

En mi vigilia, a oscuras,
como los ciegos sigo con el tacto
los relieves que escribes en el papel nocturno,
y los capto agitados en asedio amoroso:
amor de un muerto que jamás olvida
la sangre que ha dejado trasvasada.

Yo quisiera que la imagen que de ti conservo
se azogara la espalda,
para mirar, siquiera unos instantes,

cómo el deslinde al incolor procrea
tu claridad auténtica de ángel.

Pasado en claro
(Fragmento)

OCTAVIO PAZ

.....

Virgen somnilocua, una tía
me enseñó a ver con los ojos cerrados,
ver hacia dentro y a través del muro.
Mi abuelo a sonreír en la caída
y a repetir en los desastres: al hecho, pecho.
(Esto que digo es tierra
sobre tu nombre derramada: blanda te sea.)
Del vómito a la sed,
atado al potro del alcohol,
mi padre iba y venía entre las llamas.
Por los durmientes y los rieles
de una estación de moscas y de polvo
una tarde juntamos sus pedazos.
Yo nunca pude hablar con él.
Lo encuentro ahora en sueños,
esa borrosa patria de los muertos.
Hablamos siempre de otras cosas.
Mientras la casa se desmoronaba
yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza
entre escombros anónimos.

16 de junio
Día del Padre

EFRAÍN HUERTA

¿Y a
Cada uno
Debo
Corresponderle
Con un jabón
Del
Padre
Agradecido?

Notas para un árbol genealógico
(Fragmento)

MARGARITA MICHELENA

Padre, por mucho tiempo, por una vida larga,
no supe de qué hablarte y cómo hablarte.
Hoy la muerte cancela las distancias.
Nunca nos conocimos. Nunca, nunca
nos vimos alma a alma.
Pero llegó el momento en que te fuiste,
el momento en que ya no estabas.
Y entonces sí que nos quisimos.
Y entonces sí que te lloraba.

Y te di el más hermoso funeral de la tierra.
Eduardo y yo te llevamos a tu nueva casa
de rosas, matorrales y pájaros,
en medio de un rosario rezado bajo el cielo,
clamando a campo traviesa
como un ruido de alas.
Inocentes y santos te abrieron la tumba
y no tocó nada de tu muerte
ninguna mano mercenaria.

No te puse entre sedas para tu último sueño.
Te di un lecho de madera aromática.
Tú, viejo castellano de la estepa,
memoria del desierto y voz sin agua,
duermes dentro de un árbol
como los druidas de mi otra rama,
dentro de un árbol fresco y húmedo
que los huesos te guarda
como guardaba hojas y nidos
cuando era de la montaña.

Y a ti sólo, entre todos los partidos,
se lo ruego: no sé de qué, pero perdóname.
Haz las paces conmigo.
Sobre la tierra agreste en la que duermes,
arrodillada, te lo pido,
yo que soy el espejo de tu rostro,
yo que vine de tu latido,
yo que nunca supe quién eras

ni lo que pasaba en tu alma,
pero que te quiero, te quiero,
y te llevo como una llaga.
Haz las paces conmigo.
Sé mi herida cerrada.

Mi Padre

ROBERTO CABRAL DEL HOYO

En memoria de ti, padre añorado,
protagonista de injustificadas,
inmerecidas frustraciones,
sólo un sangriento medallón que lo lamente:

Tu cuerpo joven, fuerte, deseado, deseosísimo,
atravesado en los revueltos puñales de un marrajo,
tu cavidad abdominal deshecha
dejando al aire helado sus entrañas
aquel helado treinte de noviembre.

Tu viuda que contornan, inconscientes,
tres cráteres bullentes, lastimosos,
de infancia y desamparo.
El pabellón a media asta, lúgubre,
aleteando como una águila herida
sobre las casas del Ayuntamiento;
algún mensaje urgente, por telégrafo,
que estremece, imprevisto, no confiable,

los círculos sociales y políticos
de ciudades y villas y poblados;
el ataúd, peleado, en hombros
de campesinos y mineros,
y el duelo general, incontenible,
que sube y baja por los callejones
desde la casa al cementerio.
Yo no sé por que pasan estas cosas.
Yo no sé. Dios lo sabe.

A mi Padre

ALFREDO CARDONA PEÑA

Ya que fuiste, en los tiempos de tu viña,
madrugador y amigo de la caza,

ya que yo sé tu corazón de piña
y la bondad silvestre que te abraza,
permite, padre, que en tu nombre ciña
la flor y la madera de mi raza,
y que detrás de ti, por mi campiña,
dancen como los soles en la plaza.

Evoco tu reír, todo de granja,
ya me trae el aroma labrantío
aromas de tu ser en la naranja,

y esta página labro a tus eneros,
que ya es hora de oírte por el río
y de explicar tu vida a los jilgueros.

